

Hola, me llamo Laura, vivo con mis padres y mis dos hermanos, María y Juan, en una vieja casa de la calle Mayor de Caspe. Nuestra casa no es muy grande, hay tres dormitorios, un baño y una cocina. Yo duermo con mi hermana María, mi hermano Juan duerme solo, ¡qué suerte tiene! y mis padres duermen en otra habitación. En el segundo piso están las habitaciones y el baño comunitario de la posada, nuestro negocio familiar. Los tres hermanos trabajamos ayudando a nuestros padres en la posada. Y finalmente, en el piso de abajo está el bar y la cocina. Actualmente, nuestro negocio va muy bien, y ha prosperado muchísimo desde hace unos diez años, en 1410.

Todo empezó el día 31 de Mayo de ese mismo año. En el bar de la posada y por todo el pueblo corría el rumor de que nuestro rey, Martín I “El Humano”, había muerto. Durante el día, los clientes de la posada, no hicieron más que hablar del tema. Al acabar el día, había toda clase de rumores por el pueblo, unos decían que había muerto porque estaba enfermo, otros que lo habían asesinado, y los más locos y atrevidos, que se había suicidado.

Cuando al día siguiente se confirmó la noticia de la muerte sin descendencia del rey, en el pueblo se hablaba todavía más de eso. Cuando murió su hijo, Martín El Joven, se casó con Margarita de Prades con la esperanza de concebir otro hijo que pudiera sucederle, pero no hubo suerte. Ese día se formaron revuelos por las esquinas, por el mercado se escuchaban los cuchicheos de las señoras más cotillas del pueblo hablando con los tenderos o con otros vecinos que no estaban todavía muy bien enterados de la noticia, algunos se alegraban del suceso, y otros lloraban su muerte.

Durante los dos años siguientes, la Corona de Aragón fue gobernada por las Cortes, sin nadie que las supervisara, mientras se intentaba encontrar un nuevo monarca para nuestro reino.

Este tenía que cumplir una serie de condiciones, la primera, y también la más importante, era que todos los candidatos que se eligieran para suplantar el cargo del monarca, tenían que ser familiares del difunto rey. Finalmente, se eligieron seis candidatos: Fadrique de Luna, Jaime II de Urgel, Alfonso de Aragón y Foix, Luis de Anjou, Juan de Prades y Fernando de Antequera.

Un día, ya muy tarde, sobre las once de la noche, oí pararse un carro en la puerta de la posada. Decidí bajar en silencio a la puerta, para ver qué pasaba. Salí de mi cuarto sin hacer ruido, para no despertar a mi hermana, y con una vela en la mano. Tuve mucho cuidado al pasar por la puerta del cuarto de mis padres, y al llegar a las escaleras, me descalcé para bajarlas sin que crujieran.

Justo cuando ya veía desde las escaleras la puerta de la posada, se oyó el ‘toc-toc’ de una mano golpeándola. Fui todo lo deprisa que pude, para que no volviera a tocar y no despertara a nadie, hasta la puerta, y abrí al caballero, muy bien vestido, que, suponía, venía buscando techo para dormir.

-Buenas noches, señorita.

-Buenas noches, caballero –le dije invitándole a pasar.

-Me preguntaba si quedaría alguna cama libre en esta posada, donde poder instalarme durante un tiempo junto con mis dos amigos.

-Oh! Sí, con mucho gusto, la prepararé enseguida. ¿Podría saber su nombre?

-Perdone, me llamo Fernando, Fernando de Antequera. ¿Y usted?

-Yo me llamo Laura-dije sin saber aún que era uno de los candidatos al trono.-. Encantada de conocerle señor. Ahora mismo les preparo la habitación y podrán ustedes instalarse, síganme. Acompañé al candidato y a sus amigos hasta sus habitaciones para que dejaran sus cosas, y fui a buscar unas mantas para hacer la cama. Les deseé las buenas noches y volví sigilosamente a mi habitación, pero no fui lo suficientemente silenciosa, mi padre se había despertado, y salió al pasillo cuando oyó que pasaba.

-Hija, ¿qué haces despierta a estas horas? ¿Acaso estás enferma?

-No, padre. Es que oí parar un carro en la puerta de la posada, y bajé a ver si era alguien que quería dormir en la posada.

-Bueno, ¿y qué?

-Pues han venido tres hombres, solo conozco el nombre de uno, se llama Fernando de Antequera. No ha preguntado cuanto le costaría ni nada, e iba muy bien vestido, no tanto como un noble, pero se nota que tiene dinero.

-Está bien, hija, ve a dormir, mañana conoceré al nuevo cliente. Buenas noches.

-Buenas noches, padre.

Al día siguiente, cuando me desperté y pasé por la habitación de Fernando de Antequera, vi que ya se había levantado, pues ya no estaba, y al bajar abajo, estaba desayunando en una

mesa, con sus dos acompañantes. Hablé con mi padre, y le conté mejor lo que había ocurrido la noche anterior. Cuando nos dimos cuenta, Fernando de Antequera y sus acompañantes estaban saliendo por la puerta.

Durante toda la mañana, en el bar, estuvieron comentando que el día anterior habían llegado los candidatos a la corona. Antes de comer, fui al mercado a comprar la carne que necesitábamos. Por curiosidad, paré en un puesto del mercado en el que había muchos perfumes. Había una señora bien engalanada, hablando con la tendera. Ellas también hablaban de la llegada de los candidatos al pueblo. La señora, dijo que sabía el nombre de dos de los candidatos, uno era Juan de Prades y el otro, Fernando de Antequera. Al escuchar el nombre, salí corriendo hacia la posada, para contarle a mi padre lo que había oído en el mercado, y se quedó tan boquiabierto como yo.

Ese día por la noche, le pregunté disimuladamente si él era uno de los candidatos al trono, a lo que, entre risas, admitió que sí lo era. Se puso serio, y me hizo prometer que no diría nada a nadie, pues no quería que la gente lo conociera como un posible futuro rey, sino como una persona normal y corriente.

Se eligieron nueve compromisarios, a los que se les daban dos meses prorrogables a otros dos, para elegir a uno entre los seis candidatos al trono, tres de Aragón, tres de Cataluña y tres de Valencia. Finalmente, el 28 de junio de 1412, los compromisarios proclamaron públicamente que Fernando de Antequera era el nuevo rey de Aragón.

Cuando lo supimos, mi padre y yo nos alegramos mucho, pues habíamos mantenido una relación con él durante su estancia en la posada. Y mi madre y mis hermanos se sorprendieron al comprobar que el rey había dormido en nuestra posada y no tenían ni idea hasta ese momento.

Días después, Fernando de Antequera nos agradeció en persona nuestro buen trato en la posada.

Actualmente, nuestro negocio está en auge, pues todo el pueblo sabe que el rey durmió allí, y todos quieren ver la habitación, o dormir ahí, así que ganamos mucho dinero, y la posada es conocida en muchos sitios de la Corona. Algunos incluso vienen de lejos para pasar una sola noche en ese cuarto.